

lo define) debe existir algo mejor, más intenso y profundo, y cree encontrarle en Gurov. Este, a su vez, es un hombre ya maduro que, sin embargo, jamás ha vivido. Ambos constituyen, el uno en la vida del otro, algo insólito que rompe la monotonía y el tedio de sus respectivos mundos. Por eso se aman, aunque su aventura vivida en el ocultamiento no sea más que otra forma de dolorosa evasión que jamás podrá convertirse en la realidad total de sus vidas. Ambos vivirán una paradoja: la existencia aparentemente real que se desarrolla ante la sociedad no es más que una farsa hecha de relaciones rutinarias impuesta por las convenciones, pues ni Anna ni Gurov tienen posibilidades de verdadera comunicación con el medio que los rodea, totalmente indiferente a sus inquietudes y problemas. Por otra parte los protagonistas crean en la intimidad un mundo que les pertenece, totalmente, donde no es necesario fingir y al que cada uno aporta lo mejor y más auténtico de sí mismo. Sin embargo, ni siquiera se atreven a plantearse la posibilidad de una rebelión frente al orden ya constituido de sus propias vidas y de la sociedad. Ese amor vivido fugazmente a escondidas es fuente tan solo de una tristeza muy honda y abrumadora, de un nuevo dolor agregado a los anteriores.

El film realizado por Iosif Jeifits es no sólo absolutamente fiel a la materia del

relato, sino también a su espíritu, interpretado mediante agregados anecdóticos adecuados. Entre los muchos méritos que ostenta se encuentra la creación de un ambiente evanescente, brumoso, casi mágico, a lo que colaboró eficazmente la magnífica fotografía de tonos grises y fondos blancos de Andrei Moskvín. Mediante el encuadre, Jeifits logra establecer relaciones precisas entre la naturaleza y los objetos, y sus protagonistas, agobiados por el predominio del mundo exterior. Frecuentemente logra imágenes de una belleza depurada, como por ejemplo las de la secuencia final (Anna y Gurov hablando enfocados desde el exterior de una ventana rodeada de nieve, el clarinetista vagabundo y luego la separación final).

Todo el film está realizado concediendo fundamental importancia al matiz, a la sugerencia, al detalle. Era la forma más adecuada de trasladar a Chejov a la pantalla, y Jeifits la ha elegido. El resultado es este film refinado y perfecto que constituye un verdadero lujo visual para el espectador.

La música acompaña y subraya el tono estético de la obra.

La interpretación de Alexei Batalov e Iya Sávvina es otro de los elementos positivos, siempre mesurada, sugerente, y aún a veces algo irónica, en el caso de Batalov. Es decir, exactamente lo que requerían sus personajes. ♦

teatro

las de Barranco

• JUAN CARLOS BRIE

A más de cincuenta años de su estreno, "Las de Barranco" conserva intacto el encanto que la consagrara una de las piezas más importantes del repertorio rioplatense.

¿A qué se debe la singular vigencia de esta obra, escrita por un hombre que

era un dramaturgo innato, pero que nunca creyó en la importancia de lo que hacía? ¿Cuál es la escondida razón por lo que los argentinos vibramos emocionalmente frente a los desesperados manejos de Doña María? ¿Por qué una pieza escrita con elegante displicencia ha

podido atravesar impunemente el tiempo, ese gran demolidor de prestigios y llegar hasta el público de hoy en día con el mismo certero impacto con que lo hizo en 1908? En primer lugar, oeo que porque se trata de una obra eminentemente argentina. Esto sea dicho sin pretender negarle algunas características de universalidad que evidencia (las comedias de costumbres suelen enmascarar, bajo características lugareñas tipos universales), pero es su asombrosa ambientación, unida a la increíble persistencia de los argentinos en sus errores sociales, políticos y económicos, la que nos hace asistir asombrados a una profética teatralización de nuestros vicios actuales.

Se ha definido a "Las de Barranco" como la comedia del "quiero y no puedo". Me parece una afirmación superficial. Es verdad que Doña María aspira a conectarse con una clase social superior, pero su actitud es de legítima defensa: sabe, porque la vida se lo ha enseñado, que en este país no sirve de mucho tener un nombre honrado (el coronel Barranco lo ha sido) si no se posee detrás una buena posición que lo respalde. O, lo que es peor, que con una buena posición hasta es posible fabricarse un buen nombre. En cuanto a la "decadencia familiar" a que suele referirse la crítica, es sospechosamente parecida a la pobreza, que en la Argentina es casi mala palabra.

Pero, para muchos de nosotros, Doña María es algo más que una vieja oportunista y aprovechadora. Es el arquetipo de una actitud vital, que se da en todos los estratos sociales y en todas las actividades. Es el tratar de ganar sin trabajar, es el conseguir las cosas a través de la línea del menor esfuerzo, es el aprovechar las relaciones para obtener privilegios y canongías, es el cerrar los oídos a los deseos y necesidades ajenas. Es, en suma, negarse sistemáticamente a encarar el diálogo y la convivencia.

Y este pecado de argentinos, que llevamos todos en el subconsciente, es el

que nos hace reír, un poco incómodos, con las cosas de Doña María. Es, también, el secreto del éxito permanente de la pieza, cuyo efecto catártico obra saludablemente en el espíritu del espectador.

Cecilio Madanes nos ha ofrecido en el Teatro Caminito una memorable versión de "Las de Barranco". Ha sabido transmitir, con pulcritud y respeto, el escondido mensaje de alerta de Laferrère, poniendo, además, en obsequio del espectador, cuanto sabe de teatro, que no es poco, por cierto. En un país que enfrenta una crisis de directores, Madanes es una esperanza y un ejemplo.

Del elenco, disciplinado y homogéneo, hay que referirse en primer término a Gloria Ferrándiz, que ha compuesto una extraordinaria Doña María. No he tenido la suerte de poder apreciar las versiones de Orfilia Rico y Felisa Mary, pero me cuesta concebir una interpretación más ajustada que la que comento. El resto del elenco se desempeña con loable corrección. Algunos, como Tino Pascali (Castro), Hilda Bernard (Pepa) y Guillermo Helbling (Linares), revelan un mayor aplomo, pero lo importante es que todos, sin excepción, están unidos e identificados en el común deseo de hacer las cosas bien y elevar el nivel de la representación. La inclusión por parte de Madanes de un personaje, La Niña del Piano, es una licencia disculpable, pues, sin apartar a la obra de su línea, se adapta a la peculiar atmósfera del Teatro Caminito y quiebra la monotonía del entreacto.

Dos detalles para corregir: la marcación del personaje de Pérez, el compadrito aficionado a la fotografía, completamente fuera de lugar (concesión saietesca al gusto del grueso del público) y el apagón de luces por parte de Doña María, que resta intensidad dramática al estremecido final.

La escenografía, de Leandro H. Ragucci y Cecilio Madanes (el jardín y dos habitaciones de una casa del 900), inmejorable. Las luces, ágiles y oportunas. El vestuario, adecuado y de buen gusto. ♦

la soñadora

ELMER RICE ("Escenas de la Calle", "La Máquina de Sumar") escribió, en 1946, la comedia del epígrafe. Trata la misma de Georgina Allerton, encantadora jovencita cuyo problema consiste en que se deja dominar por los sueños, al extremo que éstos llegan a constituir la parte más importante de su vida. Hará falta la llegada del amor, encarnado por el impetuoso y original Clark Redfield, para que despierte y adquiere plena conciencia de sus actos. Redfield comprende y respeta su naturaleza soñadora, pero quiere asignar a los sueños su verdadero valor. A la pregunta final de Georgina (—¿Debo dejar de soñar para siempre?), responde: —Seré benévolo con ellos (los sueños) mientras seas tú quien los dirija. Hay aquí una clara alusión a Kipling en "If": "Si eres capaz de soñar sin que los sueños te dominen...".

Desde el punto de vista teatral, la pieza de Rice (como casi todas las de este autor) está bien construida y busca agradar al espectador. Aprovechando su profundo conocimiento del teatro, este autor apela en sus obras a distintas técnicas, que usa con evidente maestría. En la que nos ocupa, utiliza un ritmo cinematográfico, de escenas superpuestas, algunas de contenido onírico o expresionista, cuya finalidad es mantener en sus-

penso al espectador para evitar que su atención decaiga y repare en la fragilidad de la trama argumental. Cabe reconocer que, gracias a su innegable talento, consigue mantener el interés de la pieza hasta el esperado final feliz. No se trata de una obra profunda o con un mensaje importante. Simplemente busca entretener y lo consigue con plenitud.

La versión que en el Teatro Arena brindó el conjunto Olat, bajo la dirección de Salo Vasochi, es mediocre. En su descargo, cabe apuntar que es una obra muy difícil de representar, por la multitud de escenas a jugarse y el constante tránsito de los personajes entre la realidad y el sueño.

En cuanto a los protagonistas, les faltó en general aplomo y oficio. Además, recitaron sus parlamentos (especialmente en el primer acto) a una velocidad tal, que se hacía difícil la comprensión del texto. Devorah Kors es simpática, pero no está suficientemente madura para un papel de tal magnitud como el de Georgina Allerton. Además, su voz necesita impostación. Los demás actuaron en un plano de mediana eficacia, pudiendo considerarse a Alejandro Doria (Clark Redfield) como un intérprete de posibilidades.

La escenografía, de Hugo Haberl, meritoria. ♦

arte

primera feria nacional de artes plásticas (montevideo)

• HORACIO SAFOUS

LA Primera Feria Nacional de Artes Plásticas que presentara el Centro de Artes y Letras en la Plaza Libertad de Montevideo, ha recibido extensos comentarios laudatorios de la prensa uruguaya que, aparte de maravillarse por la

distribución y construcción de los stands y por el monto de la venta, expresa: "Todo lo que se pueda decir sobre los resultados de la feria es un pálido reflejo de lo que en realidad fue por espacio de unas semanas, congregando diferentes